

CONFERENCIA DE LÍDERES DE MUJERES RELIGIOSAS

Asamblea 2023 – Dallas, Texas

LCWR - Respuesta al Premio a la Excelencia en Liderazgo

Donna Markham, OP

Permítanme iniciar mis comentarios con una anécdota.

En enero de 2020, la afluencia de migrantes a lo largo de la frontera sur se había vuelto abrumadora. Los trabajadores de las instituciones de Caridad Católica habían estado trabajando desde el inicio de la pandemia; a menudo, eran los que atendían a los indigentes de nuestras ciudades o aquéllos que se habían quedado sin hogar a causa de la migración. Las personas que no tenían a dónde ir acudían en masa a nuestras instituciones. Estos jóvenes voluntarios y dedicados carecían del equipo personal de protección adecuado y muchos enfermaron de COVID. Varios de ellos fallecieron. Desde nuestra Oficina Nacional de Caridades Católicas, luchamos para conseguir tapabocas y batas para los trabajadores de primera línea de nuestras instituciones. Muchos de ustedes ayudaron. Las hermanas cosieron máscaras, las congregaciones contribuyeron económicamente. Todos podemos recordar lo aterradores que fueron aquellos días y meses.

Para enero del 2021, millones de personas estaban muriendo. Los indigentes habían alcanzado proporciones gigantescas. Estábamos siendo testigos de una crisis humanitaria mundial que no tenía cuando acabar pronto. La crisis en la frontera se había vuelto insostenible y los trabajadores de las Caridades Católicas se esforzaban por responder lo mejor que podían. ¡Estaban agotados! Los directores diocesanos de Caridades estaban desesperados para ver la manera de atender a tanta gente y apoyar y proteger a su indomable y joven personal. Entonces, de forma un tanto milagrosa, en enero del 2021 se tuvieron a disposición las primeras vacunas. Todos recordamos que los primeros que recibieron la vacuna fueron los de más de 75 años.

Profundamente preocupada por los trabajadores jóvenes y sus líderes y reconozco que, en cierto modo, desesperada le llamé por teléfono a Carol Zinn. Le pregunté: "¿Crees que alguna hermana mayor de 75 años ya vacunada podría ofrecerse como voluntaria para ayudarnos en la frontera?". Carol respondió: "Vamos a intentarlo. Estoy segura de que nuestros miembros ayudarán". Así, a través del liderazgo de Carol y mi petición es como comenzó una extraordinaria colaboración entre LCWR y CCUSA. Más de 300 hermanas se ofrecieron como voluntarias para ir a la frontera. ¡Lloré de emoción! Estaban totalmente conscientes de los riesgos. Sabían las privaciones y dificultades que vivirían como voluntarias durante una crisis humanitaria. Aun así, acudieron. En la oficina nacional, mis compañeras (muchas de las cuales eran jóvenes y no conocían a ninguna hermana excepto a mí) se quedaron atónitas. "¿Quiénes son estas hermanas? ¿Por qué iban a correr semejante riesgo a su edad?".

Herманas, no hay forma de expresar el profundo testimonio de esperanza que las religiosas, con humildad discreta y silenciosa e increíble aptitud, atendieron a decenas de miles de trabajadores -jóvenes y mayores- y a los inmigrantes y personas sin hogar. Hermanas, no hay forma de expresar el profundo testimonio de esperanza que las religiosas, con humildad discreta y silenciosa y con una competencia increíble, dieron a decenas de miles de trabajadores sociales -jóvenes y mayores- y a los inmigrantes y personas sin hogar. Nuestras hermanas sabían exactamente cómo ayudar, cómo organizar, ¡cómo hacerse cargo adecuadamente! Esta experiencia no es más que uno de los muchos ejemplos de la extraordinaria bondad que se

permea en la vida religiosa, incluso cuando nuestra fragilidad física y nuestra vulnerabilidad son evidentes. No puedo estar aquí delante de ustedes sin agradecerles, desde lo más profundo de mi ser su solidaridad, su generosidad, y liderazgo. Me siento muy honrada de ser una de ustedes.

Servir en un liderazgo sustentado en la fe, especialmente en tiempos de múltiples y crecientes crisis, nos cambia. Nunca volveremos a ser los mismos. El miedo se disipa. Nos hemos vuelto más atrevidas para asumir riesgos fuera de toda normalidad en un servicio radical a la misión. La angustia de la humanidad y el llamado a responder son tan apremiantes que cualquier preocupación por nuestra propia seguridad simplemente se desvanece. Ya no nos incomodan las lágrimas que acompañan nuestros encuentros con semejante misterio. Al igual que con los antiguos celtas, creo que nos encontramos en el "filo", con nuestro propio ser preparados en el umbral con un velo translúcido entre lo que es y lo que está por venir. Más que un lugar físico, para mí es estar en un estado de conciencia que sacude el alma, en el que el miedo desaparece, la cautela va siendo menos y el desbordamiento de lo sagrado nos envuelve. Parece que no hay palabras para expresar esas experiencias en las que se hace tangible una profunda conexión con lo Sagrado. Son lugares en los que el asombro ante la vida, con su misterio y su angustia, penetra hasta lo más profundo.

Ya no hay lugar para posponer la respuesta radical dado que estamos cada vez más conscientes de este sentido de urgencia. El alma es el lugar donde los líderes se despojan de todo lo que nos impide actuar con claridad y convicción. El tiempo apremia y el clamor de la tierra y de sus pobres que sufren son estridentes. Estamos obligadas a hacer algo.

Sé que tú, al igual que yo, hemos tenido experiencias de reverencias indescriptibles que nos han conducido a tener un alma más envalentonada. Ya sea velando junto a la cama de una hermana amiga moribunda; recibiendo a una soldado ucraniana que ha sobrevivido una tortura inimaginable en una prisión rusa; sosteniendo en brazos a la abuela destrozada de un niño asesinado en Uvalde; estando de pie junto al borde de un pueblo ahora totalmente borrado por las consecuencias del cambio climático; recibiendo a un inmigrante que sobrevivió a una travesía desde Afganistán a través de 15 países y del Tapón del Darien para escapar de la muerte de los talibanes. Cueste lo que cueste, respondemos.

Esas experiencias eliminan el ruido de tocar el corazón mismo del Evangelio.

Tú y yo tenemos nuestras propias reservas interiores de encuentros profundos que nos han cambiado, transformado y convertido. Estando junto a los extremos santos de un profundo sufrimiento, sabemos que nunca volveremos a ser los mismos. Y nos entusiasamos aún más vivir la vida religiosa en toda su radicalidad.

Por lo que a mi corresponde, ya no tengo miedo de lo que pueda sucederme al hablar con la verdad o al hacer lo que sé que es correcto. Sé que lo entiendes y que lo vives conmigo. No permitiremos que absolutamente nada nos impida tender la mano con compasión. Este es el don y la esperanza que creo que nosotras, las mujeres líderes religiosas, ofrecemos hoy a nuestro mundo quebrantado y enfadado. Mi personal joven se preguntaba: "¿Quiénes son estas hermanas? ¿Por qué harían algo así?" Sabemos la respuesta: Porque no podemos hacer otra cosa.

Me siento honrada de caminar entre ustedes como su hermana y amiga. Sé que estoy en el filo de tu corazón y de tu alma y junto a ti, y seguiremos viviendo juntas en el amor, en la audacia, siempre seguras de que no estamos solas. Estamos con compañeras fuertes. Dios está realmente entre nosotros cuando estamos en el umbral de ese velo entre lo que es y lo que está por venir.